

En el país de Lindabrina y Ratón Pérez



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Jacobo Muñiz

© José María Merino, 2023

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-80-4

Depósito legal: M-993-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

José María Merino

EN EL PAÍS
DE LINDABRINA
Y RATÓN PÉREZ

 Siruela

Las Tres Edades

*A mi nieta Ana,
que ha cumplido siete años*

Ana fue la primera que tuvo en su casa una puertecita de Ratón Pérez. La había comprado su mamá con unos muebles, en el tiempo en que Ana era todavía muy pequeña. Y cuando empezó a moverse uno de los dientes centrales de la parte de abajo de la boca —*incisivos*, los llaman los mayores— su papá aprovechó una rotura que había en ese listón que recorre la parte baja de la pared, en el pasillo, para colocar la puertecita.

—¿Por qué esa tabla se llama rodapié? —preguntó Ana, que era la primera vez que oía tal palabra.

—Rodapié, rodapié... —decían su papá y su mamá, mirándose.

—También se le llama friso —dijo al fin papá.

—Y zócalo —añadió mamá.

—¿Rodapié? ¿Friso? ¿Zócalo? —preguntó Ana, que seguía sin entender aquellas palabras.

—Luego lo miramos en el diccionario... ¿Te gusta cómo queda la puerta de Ratón Pérez?

Hablaba mamá, que estaba a su lado.

La puerta, pequeñita, se abría con un diminuto tirador, y dentro, pegado a la madera negra encajada en el hueco, estaba pintado un ratón de cabeza grande, de pie sobre las patas traseras y vestido con un traje, que llevaba en la mano un paquetito.

—Es muy bonita —dijo Ana, porque la puertecita, puesta allí, recordaba muy bien a las de los portales de las calles, pero era de juguete—. ¿Y qué es eso que lleva el ratón? —preguntó.

—Un regalo —le contestaron.

—¿Un regalo? ¿Para quién?

Cuando el diente había empezado a moverse, a Ana le contaron que esos que tenía se llamaban *dientes de leche*, y que se le irían cayendo para ser sustituidos por los dientes definitivos, que le saldrían poco a poco.

—Los dientes de mayor —había dicho mamá, muy seria.

Y ahora le decían que cada diente que se le cayese debería ponerlo debajo de la almohada, y que mientras estuviese dormida vendría Ratón Pérez a recogerlo —«Otros le llaman Ratoncito Pérez», le explicó mamá— y que a cambio le dejaría un regalo.

—Ese paquetito que lleva el Ratón Pérez es un regalo por un diente caído.

—¡Un regalo! —exclamó Ana, encantada de la noticia y tocándose el diente, para comprobar cómo estaba de suelto.

—No te toques los dientes, deja que se caigan ellos cuando les corresponda... —dijo papá.

El día en que se le cayó el primer diente, los papás de Ana se mostraron muy contentos, y aquella misma noche, a cambio del diente, que colocó con cuidado debajo de la almohada antes de quedarse dormida, Ratoncito Pérez le dejó un puzle —a Ana le encantaban los puzles— de 300 piezas, nada menos: el mapa de Europa, y un libro muy apetecible: *Heidi*, que su mamá era la primera novela que había leído en su vida, aunque Ana ya conocía otras, como *El mago de Oz*, y muchos cuentos...

Emocionada, Ana se lo contó a tres grandes amigos suyos del colegio, Hugo, Blanca y Chole, y a Jaime, un vecino y también amigo. Todos ellos venían a su casa los miércoles por la tarde, a una clase de dibujo que les daba Paula, una amiga de la mamá de Ana.

Al terminar la siguiente clase de dibujo, Ana les enseñó a todos ellos la puertecita colocada en el rodapié del pasillo.

—Por ahí entra Ratoncito Pérez.

Ante la curiosidad de los amigos de Ana, sus papás buscaron un libro muy gordo, que dijeron que

era de una enciclopedia famosa, y les explicaron que muchos pueblos antiguos habían divinizado a los ratones.

Luego les leyeron en el ordenador lo que se decía en Internet del curioso personaje: bajo una forma u otra, Ratón Pérez, el que cambia nuestros dientes de leche por regalos, es conocido en todo el mundo. Se le llama «Ratón» o «Ratoncito Pérez» en casi todos los países donde hablamos español, que somos muchos, aunque en ciertas regiones como Cataluña, Cantabria o el País Vasco, reciben otros nombres como *Angelito* o *Ardilla...* *Ratoncito* se le llama en Francia y en Italia. *Hada de los dientes*, en Portugal y Alemania...

—En muchos países orientales, como la India o el Japón, tiran los dientes al techo y piden que los nuevos dientes que les salgan sean de ratón, porque, como los ratones son roedores, tienen unos dientes muy buenos... Y en Palestina o Egipto hacen algo parecido. La caída de esos dientes llamados *de leche* siempre ha sido muy importante para la humanidad.

—¡Si en Madrid hay hasta un museo del Ratón Pérez! —contó la mamá de Ana.

—¡Pues hay que ir a verlo! —propusieron los cinco amigos.

—Un día vamos las familias de los cinco, y luego almorzamos juntos —dijo el papá de Ana, y fue aplaudido por todos.

Ninguno de los demás amigos había perdido todavía su primer diente, aunque a todos se les movían, pero a partir de entonces consiguieron que, en sus respectivas casas, los papás colocasen una de aquellas puertecitas en algún punto del rodapié...

Un día, Blanca le contó con mucho secreto a Ana que por aquella puertecita se podía entrar. Estaba impresionadísima.

—Ayer, mientras mis papás veían el telediario y mi hermana jugaba con sus cosas, estuve mirando un rato la puertecita de Ratón Pérez, abriéndola y cerrándola, y de repente el ratoncito pintado desapareció y me di cuenta de que yo también me había hecho muy pequeña... Crucé la puerta y entré en lo que parecía un dibujo, pero todo era de verdad, aunque muy blanco: había árboles, y flores, y un lago, y montañas a lo lejos, y una pirámide muy grande... Un saltamontes enorme se me posó en el hombro y me habló. Estuve paseando un rato por allí, pero como era la hora de cenar decidí volver. Aunque no se veía la puerta, en cuanto pensé en ella apareció. Salí, yo volví a ser como siempre y la puerta era otra vez pequeña... ¿Me crees?

Ana no podía imaginar que Blanca no dijese la verdad.

—Pues claro que te creo. Es cosa de magia...

— Hasta te quise traer un recuerdo, una flor dorada, y la cogí, pero cuando estuve otra vez en el pasillo me había desaparecido de la mano...

Ana estaba deseando intentar la entrada en aquel lugar extraño y maravilloso, y cuando regresó a su casa, después de merendar y hacer los deberes, esperó a que sus papás estuviesen juntos en la sala, charlando, para acercarse a la puertecita. Se agachó, la abrió y la cerró varias veces, como al parecer había hecho Blanca sin saber lo que iba a pasar, y de repente se encontró junto a la puertecita como si esta tuviese un tamaño normal, y dentro se veía un enorme espacio luminoso, al que entró.

El cielo era blanco y el suelo también, pero no se trataba de nieve, sino de una materia que le recordó el papel. Y se veían muchos árboles como los que ella misma dibujaba, y las flores de las que le había hablado Blanca. Le resultaba una imagen familiar, como si la hubiese dibujado ella.

Los árboles, aunque tenían forma de dibujos, adquirirían volumen al acercarse, parecían de verdad, aunque las hojas eran pequeños trazos verdes, y en la lejanía, más allá de un lago azul, se veía la masa de unas montañas oscuras y la pirámide blanca. También a lo lejos había un enorme edificio sin ventanas y pintado de gris. Las innumerables flores de muchísimos colores

—amarillas, rojas, blancas, verdes, rosas, azules, negras, moradas, marrones, doradas, como la que al parecer le había querido traer Blanca— lo salpicaban todo, y en muchos sitios había algo de lo que Blanca no le había hablado, ratones como el Ratón Pérez pintado en el interior de la puerta y vestidos de la misma manera, moviéndose silenciosos de un lado para otro.

Nadie la miraba, y Ana continuó su paseo por aquel lugar misterioso.

De repente sintió un golpecito en el hombro derecho. Algo que no podía ver bien le había caído allí. Alargó la mano izquierda para quitárselo y sintió que aquello se movía. Era un enorme saltamontes, sin duda el mismo del que le había hablado Blanca.

—¡Otra niña! —exclamó el saltamontes con una voz suave pero un poco silbante—. ¡Llevo años y años sin ver a nadie, y en poquísimo tiempo habéis entrado dos niñas!

—¿La otra se llamaba Blanca? —preguntó Ana.

—Sí, Blanca —repuso el saltamontes—. ¿Cómo te llamas tú?

—Yo soy Ana, amiga de Blanca.

—Escucha, Ana. Yo le dije a Blanca que no se le ocurriese tocar nada de lo que hay aquí y se llevó una flor... Todo este mundo está pintado, y eso que hizo Blanca estuvo muy mal. No podrá volver a entrar aquí, porque su puerta ya nunca funcionará. Y acaso don Ratón Pérez no le recoja los dientes que se le caigan...